

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

8. UN EQUIPO DE DOS

A SOLAS con su hijo, en un despachito desocupado de la Jefatura, el ex comisario Dorteros se recostó en su silla y miró a Juan Carlos con expresión de marcada complacencia. Enganchó los tacos en el travesaño, con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos aprisionadas entre los bíceps y el torso: la viva imagen de un felino presto a lanzarse sobre la presa.

El vástago le conocía aquella pose. Denotaba que Dorteros tenía la certeza de poseer un providencial as en la manga... Debió sentirse feliz por esa circunstancia, ya que con toda seguridad presagiaba algún vuelco favorable a sus intereses; sin embargo, sólo podía pensar en lo irritante que le resultaba la semisonrisa que pugnaba por curvarle los labios al papá.

—¡No le veo el chiste a la cosa! —refunfuñó.

—¡Vamos! ¡Ya podés felicitarte por el incidente con el Mendoza ése!

—¿Felici...? —chilló el vástago—. ¡Era mi única camisa de vestir!

—Con cerrarte bien el saco... —dijo Dorteros—. ¡Consolate pensando que fue por una buena causa!

—¡Si no hablás más claro!...

—E SCUCHÁ —Dorteros adelantó una mano conciliadora—: la bravuconería de Mendoza, que se excedió contigo por venganza personal, puso a Callaza de parte tuya. ¿Te hacés una idea de la suerte que tuviste?

—¿El pelado, de mi parte, decís? ¿Y entonces qué estoy haciendo acá adentro todavía?

—¡Calmate! ¿Sabés que estuve como tres horas rogándole que te permitiese aclarar tu situación con él? Te llamamos varias veces a tu oficina, pero ¡nada!... A medida que pasaba el tiempo, el amigo Callaza iba perdiendo la paciencia. Y por lógica se le agotaba también la tolerancia que alguna vez estuvo dispuesto a demostrar, por tratarse de vos y de mí...

”Ya estaba decidido a no otorgarte privilegios de ninguna especie, cuando sorprendimos al brutazo de Mendoza abusando de vos... ¡Eso dio vuelta la tortilla una vez más! ¿Comprendés ahora?

—En fin... ¡Si vos lo decís!

—¡Creéme que fue por eso que no te metió en el calabozo! Yo le prometí que íbamos a aclarárselo todo en un plazo de 48 horas... ¡Aunque no me concedió más que 24, ya es una ventaja! ¿No te parece?

—¿Veinticuatro horas para resolver el crimen? ¿Y estamos perdiendo el tiempo acá sentados? ¡Y yo sin auto, para colmo de los males!

Se levantó de un brinco, pero hasta ahí llegó. La mano de su padre lo detuvo, gentil aunque firme.

—¡Eh! —protestó—. ¿Qué diablos te pasa?

—Volvé a sentarte. ¡A mí también me debés explicaciones!

JUAN Carlos se dejó caer en el taburete que ocupara, sin ocultar un pliegue fastidiado de la boca.

—¿Qué..., es la hora del sermón paterno?

—No fuiste sincero conmigo —le enrostró Dorteros—. Tuviste una pelea en serio con el tal Di Reggia... ¡No una simple discusión, como me habías dado a entender!

—Está bien —admitió el hijo—. Le acomodé un par de bifés... ¡Pero fue porque él le pegó a Virginia!

—¿Vos le pusiste el ojo negro?

—¡Seguramente! Vos sabés que hago un poco de guantes en el gimnasio. Creo que tengo buena pegada, o al menos eso se comenta... Claro que no me gusta la violencia fuera del ring..., ¡pero el tipo se lo buscó, viejo! Aunque, sí —añadió en voz queda—, me parece que no estuvo muy bien eso de gritarle “¡Te mato!” cuando le bajé los dientes...

—De acuerdo, entonces: lo golpeaste. ¡Pero ningún hijo mío lo habría arañado!

—¿Eh? —Juan Carlos se rascó la cabeza—. ¡Eso debió ser cosa de Virginia! Todo estuvo medio confuso, ¿sabés, viejo?

—¿Pelearon en la calle?

—Sí... ¡Apuesto a que nos vio algún conocido mío! De algún lado le llegó el chisme a los azules. Suerte que Virginia se quedó adentro cuando la pelea: a ella, por lo menos, no la acusa nadie...

Dorteros suspiró, meneando la cabeza.

—Me habría gustado que hubieses tenido más confianza en mí.

—¡Vamos, viejo! Fue por no preocuparte...

Y todo quedó ahí. Juan Carlos era consciente de que continuaba sin confiarse a fondo, que existía una suerte de muro entre ambos, a partir de la época en que ocurriera el divorcio... Desde aquellos años siempre había guardado cierta reserva hacia su padre, a quien inconscientemente acusaba de haberlos abandonado, a él y a la madre, por una vampiresa pintada. Sentía que el otro buscaba el acercamiento, la explicación mutua; pero no pudo resolverse, ni aun en aquella instancia crucial, a salvar el abismo.

DE PRONTO le dio una palmada en el brazo y sorteó la escabrosa zona conflictiva de su relación asumiendo otra actitud.

—¿Le metemos al asunto de una buena vez, sabueso decrepito? —sonrió.

Dorteros se mostró más bien aliviado. Era mejor dejar el difícil trance para otra ocasión más conveniente. De todos modos, se dijo, ya sabía lo que tenía que saber en relación a aquel nuevo crimen, y al modo en que Juan Carlos estaba implicado. ¡Bastaba por el momento!

—Empecemos por recapitarlo todo —propuso, una vez acomodados a cada lado de la mesa sobre la que se apilaba todo el material de referencia que, por orden de Callaza, se les suministrara—. Primero y básico, cómo te involucraste en lo de Lucy García. ¡Y quiero un relato lo más exacto y detallado posible!

—Bien. —Juan Carlos frotó rápidamente las gafas con una diminuta franela, les echó aliento y luego miró a su padre a través de las diáfanas lentes—. Para empezar, conocí a Virginia Linares de la manera más casual.

”Una nohecita de ésas, de temperatura agradable, casi veraniega, en que a uno le vienen ganas de divertirse un poco, iba en coche por la avenida Central con un amigo mío. Vimos un par de chicas bastante a tiro y..., bueno, piropo va, risita viene... ¡Ya sabés cómo sigue la cosa, estando ellas bien dispuestas, claro!

—Recuerdo algo del proceso —sonrió su padre—. No creo que haya variado gran cosa en unas pocas décadas, aunque el léxico actual sea menos refinado... ¿Y luego?

—Luego, para abreviar, hice una buena amistad con la del pelito corto, Virginia. Nos vimos un par de veces más (todo muy castito, viejo...; ya sabés cómo soy cuando me gustan medio en serio), y me fui enterando bastante de sus cosas, y ella de las mías. Aunque yo adorné un poco lo de mi trabajo, para impresionarla, ¿viste?

—Sí, sí —apremió Dorteros—. ¿Y?

—Poco a poco fui conociéndola mejor... O al menos eso fue lo que pensé, aunque después de la escenita ésa que te conté... En fin, el hecho era que me seguía gustando la piba; y por ese entonces, claro que ni imaginaba que existiera un Di Reggia ni... Se reía a menudo, y con esos hoyitos, y el brillo de los ojos, bueno, me alegraba el día, por decirlo de alguna manera. Sin embargo, en un tema se podía poner espesa, y era en lo relativo a su profesión. A tal punto que...

Dorteros levantó un dedo.

—¿En qué sentido “se ponía espesa”?

—¿I NTERESA eso? —Juan Carlos alzó un hombro—. Si querés que te lo diga, era supermachacona en cuanto a la controversia del “conductismo versus el psicoanálisis”... Ya parecía una obsesión. ¡Y pobre del que osara discutirle el punto!

—¿Vos lo intentaste? —sonrió el ex comisario.

—Una vez. Ya sabés, porque te lo dije en varias oportunidades, que yo siempre he sostenido que en todos los órdenes de la vida el camino más indicado suele ser el “justo medio”. ¡No la voy con los extremismos ni con los prejuicios! Pero apenas se me escapó eso de “prejuicios”..., ¡para qué! Se me “entrompó” la niña por varios días; de manera que de ahí en adelante mi política consistió en cambiar el rumbo de la conversación cada vez que nos acercábamos peligrosamente a la psicología o al psicoanálisis... ¿Qué? ¿Ahora te estoy aburriendo? ¿No me pediste detalles?

—En lo concerniente al crimen, nada más... Ahorráme el aspecto sentimental, ¿eh?

—Bueno, bueno... —Juan Carlos describió un arco malhumorado con la mano—. Al grano, pues. La compañera de Virginia, aquella primera noche, era ni más ni menos que Lucy García.

—¡Mirá vos!...

—Parece que esas salidas nocturnas formaban parte del tratamiento, según Virginia me explicó más tarde. La animaba a que se mezclase con gente, a relacionarse...

—Una conducta positiva, que le dicen.

—¡Exacto! De manera que la muchacha fuera adquiriendo confianza en sí misma y... ¿Pero de qué cuernos te reís ahora?

D ORTEROS hizo un ademán conciliador.

—¡No te me enojés, Juanca!... Pero, a lo que parece, después de todo no fue el atractivo viril de ustedes lo que les vino a conseguir las chicas...

—¡Está bien, tenés razón! —gruñó Juan Carlos—. Virginia me confesó, tiempo después, que ella nos habló aquella noche para que Lucy se hiciese una idea de cómo proceder en casos así... ¡Pero lo cierto es que la simpatía que luego surgió entre ella y yo fue bien real..., me jugaría las...! ¡Está bien, está bien! ¡Dejar de lado lo sentimental, ya sé! ¡Mis disculpas por el lapsus!

—Vamos a lo que importa: ¿por qué se culpaba Virginia de la muerte de Lucy? ¿Por qué la acusó también Di Reggia de *responsabilidad* en el hecho? ¡No estaría de más que aclarásemos el punto!

JUAN Carlos se levantó de su silla y dio unos pasos en torno al escritorio. Se encontraba de espaldas a su padre, al contestarle:

—Puedo suponerlo..., creo que con cierto fundamento. Según supe por Virginia, Lucy se le quejaba continuamente de padecer un fuerte complejo de inferioridad. Se sentía fea y sin atractivos; no sabía conversar con los hombres, etcétera, etcétera. ¡Y ella soñaba con llegar a ser todo lo contrario: llamativa, audaz, seductora!...

—Como Esmeralda Capurro, ¿eh?

—Virginia no me lo dijo específicamente; pero no es difícil deducirlo. Lucy se franqueaba con ella como con nadie más, así que sin duda debió de mencionarle a la “Princesa Grace”. Y dada la especialidad de Virginia en terapias conductistas...

—Sí —aprobó Dorteros—. Seguramente debió animarla a imitar a la otra, ya que tanto la admiraba... ¡Incluso en el detalle de la peluca rubia!

—Es lo que pensé —dijo Juan Carlos—. Pero hay algo curioso precisamente en esto de la peluca. No sé si en definitiva podrá tener alguna importancia, pero me llamó la atención. Y, por otro lado, fue lo único que Virginia decidió revelarme, así que tal vez a ella le pareció...

—A ver, a ver... —interrumpió su padre.

—Dijo que en algún momento le había aconsejado teñirse el pelo, si era cierto que suspiraba por ser rubia. Y, cosa extraña, aquella idea parecía que le *repugnara* profundamente a Lucy, como si hubiese algo en el hecho de teñirse el pelo que le resultara insoportable... Pero no demostraba ser, según Virginia, una repugnancia intelectual, consciente...

—Y por supuesto ella, como buena conductista —completó Dorteros—, no sondea el inconsciente. ¡Lástima!

SIN EMBARGO —prosiguió su hijo—, sospecho que, de acuerdo a sus cánones, habrá sugerido algo práctico para solucionar el problema. ¡Juraría que fue ella la que le consiguió la peluca a Lucy!

—Sí, lo veo muy posible. ¡De ahí su sentimiento de culpa!

—¡Y hay algo más! Como te dije, viejo, Virginia animaba a Lucy a llevar adelante cualquier relación que se le presentase, como sucedió con nosotros... Pensaba que de esa forma Lucy acabaría por sobreponerse a su bloqueo. También la conducía a lugares donde menudeasen las oportunidades, de forma que... Paulatinamente debe haber dejado de acompañarla, a fin de que no desarrollase excesiva dependencia... Bueno, ¡por lo menos parece lógico que haya sucedido así!

—Parece, sí. ¿Sabés si conoció a alguna persona en particular en cualquiera de esas salidas?

—Virginia me dijo que no llegó a confirmarlo. Pero tuvo fuertes sospechas, a la luz de la actitud de Lucy, de que en efecto la muchacha había entablado una relación de características muy especiales. Pero, a causa de algún motivo que Virginia no consiguió desentrañar, Lucy se resistía a comentárselo.

—¡Interesante! ¿Y tu amiga no pudo hacerse siquiera una idea de...?

—¿La identidad del hombre? —Juan Carlos sacudió la cabeza, con las comisuras de la boca vueltas hacia abajo—. ¡Ni la más mínima! Sobre ese particular, Lucy era bien hermética; ¡y ya sabés que el conductismo desaconseja forzar la confianza en casos como ése!

Dorteros chasqueó la lengua, decepcionado. Se quedaron sin hablar durante un rato, hasta que el tictac del reloj de pared se hizo audible y los concientizó sobre la implacabilidad del fluir del tiempo.

¡Quedaba todavía mucho por hacer..., y expiraban los plazos!

AQUÍ está el informe completo de la autopsia, comisario. Callaza levantó la vista del legajo que repasaba. Un agente, bastante joven (y asaz atontado también, pensó el comisario), le tendía la carpeta con gesto triunfal.

—¡Ya iba siendo hora!... —masculló el jerarca, con lo que pulverizó el buen ánimo del ordenanza—. ¿Sacaron copia?

—Sí, señor; como usted lo mandó.

—¿Y qué espera, entonces? ¡Llévesela inmediatamente a Dorteros!

Salió disparado el joven policía, mientras Callaza se dispuso a estudiar el original.

—Mmm... Herida cortante en mastoideo... Hmm... Antigua cicatriz de...

Llevaba recorrida poco más de la mitad del primer folio, cuando sus cejas se alzaron, la frente se le pobló de surcos ondulados y sus labios se fruncieron en callado silbido.

—¡Así que... embarazada! ¡Y recién ahora me lo vienen a informar!

LAS FOTOS, por sí solas, eran lo bastante impresionantes, se dijo Juan Carlos. ¡Afortunadamente el viejo no había insistido en que fuesen a la morgue para una visión en directo!...

—¿Pero todavía no te diste cuenta? —apremió Dorteros.

—¿Qué? ¿De qué me hablás?

El índice del ex comisario golpeó con impaciencia las fotografías.

—¡La peluca! ¿Notás que está como ladeada..., mal puesta?

—S-sí... Ahora que me fijo... ¡Mirá! ¡En esta otra se ve mejor!

—¿Y qué sacás en conclusión?

—Se la habrá puesto apurada, y... ¡No, esperá! —los ojos grises del joven detective relumbraron a través de los lentes—. Es más bien como si...

Dorteros asintió, con enfático cabeceo.

—¡El asesino intentó *arrancársela!* Fijate aquí y aquí —su meñique señaló unas marcas casi imperceptibles en frente y sienes del cadáver—. Fue donde hizo fuerza para... —Volvió la cartulina y apretó excitadamente el brazo de su hijo—. ¡Acá está escrito! “Señales de intentos de quitar la peluca; no se logró por estar muy bien sujeta mediante cintas y horquillas.”

Juan Carlos se quitó los anteojos, mordió una de las patillas, masculló una frase indescifrable y por fin soltó un resoplido.

—¿El asesino... trató de robar la peluca rubia? —profirió—. ¿Y por qué demonios se le habrá puesto eso en la cabeza?

—Exactamente —dijo su padre—. ¿Por qué? ¡La pregunta del millón de dólares, hijito!

Malhumorado, Juan Carlos se encogió de hombros.

—¡A lo mejor al criminal ése no le gustan las rubias! —bufó.

DABA toda la impresión de que se habían entrampado en otro callejón sin salida, se dijo el joven. ¡Y apenas empezaban! Aún faltaba analizar el asesinato del psicoanalista, relacionar ambos casos entre sí..., ¡y encontrar respuesta para todos los enigmas, antes de que fuese demasiado tarde!

Dejó por un momento de lado el problema de la peluca y se forzó a buscar algún otro detalle significativo en las fotos. Pero le costaba concentrarse. Ese cuello joven, lacerado así, brutal y fríamente... Esos ojos celestes, abiertos al supremo horror, como si ella...

De repente, sobresaltó a su padre con un grito estentóreo:

—¡Viejo! ¡Una foto de Lucy, pronto!... ¡No, de ésas no! —y rechazó con brusco ademán la que Dorteros, asombrado, le pasaba—. ¡Una de las que le tomaron cuando estaba viva! ¡Por ahí debe de haber!... ¡Pero qué imbécil fui al no verlo antes! ¡Qué ciego! ¡Y eso que la conocí en vida, cuando...!

Dorteros se apresuró a complacerlo. Con sólo tomar la foto en cuestión se le hizo claro el motivo del aparente trastorno de su hijo.

—¡Bueno, bueno! —comentó, entre dientes—. ¡Vaya una cosa más rara!

La Lucy García del retrato (una ampliación sacada de la toma de grupo de la oficina), discretamente peinada, sin pendientes en las orejas ni broches en el pelo, sonreía forzadamente, al tiempo que enfrentaba a la cámara con tímidos ojos...

—¡Pardos! —gritó Juan Carlos—. ¡Tenía ojos *pardos!*

—¡Veamos la lista de sus pertenencias! —propuso Dorteros, cediendo a una idea repentina.

EL AMIGO Callaza había cumplido con su promesa de documentarles a fondo: ahí estaba la lista, prolijamente transcrita. Padre e hijo juntaron las cabezas, afanándose por recorrerla en tiempo récord.

—Pulsera de fantasía... —leyó el ex comisario, en murmullo apenas inteligible—. Mmm... Prendas varias, a saber... Mrrmmnn, mrrmmm... ¡Ah! ¡Eureka! ¡*Lentillas de contacto, color oscuro!*

Juan Carlos pestañeó. A duras penas modulaba las sílabas al exclamar:

—¡Disfrazaba el color natural de los iris! ¿Y para qué querría...?

—Anotémoslo como un hecho —aconsejó el más veterano—, junto a la peluca removida. Ya veremos después cómo se interpretan... ¡Debe de haber más revelaciones en este listado! ¡Quizás algunas cartas, o retratos de...!

—¡Un momento! ¡Esto sí que es una bomba! —y Juan Carlos indicó con dedo tembloroso el penúltimo ítem.

Dorteros se precipitó a leerlo..., para volverse de inmediato a contemplar a su vástago con una expresión de desconcierto que el joven disfrutó como correspondía. ¡Qué bien se sentía ganarle al zorro viejo por lo menos una vez..., aun cuando se jugase con ventaja!

Procedió a poner en conocimiento de su progenitor ciertos hechos que éste ignoraba, surgidos a partir de su visita a Esmeralda Capurro, en la mañana. Y luego le relató también su conversación con Hilario Puentes, y los valiosos informes que recabara del sereno.

—¿Estamos pensando en lo mismo? —preguntó Juan Carlos, al terminar de explayarse.

—Desde luego que sí —repuso Dorteros padre—. *¡Hay que llamar enseguida a esa Isis del Solar, la del archivo..., a ver si se confirma nuestro pálpito!*

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SÍ A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

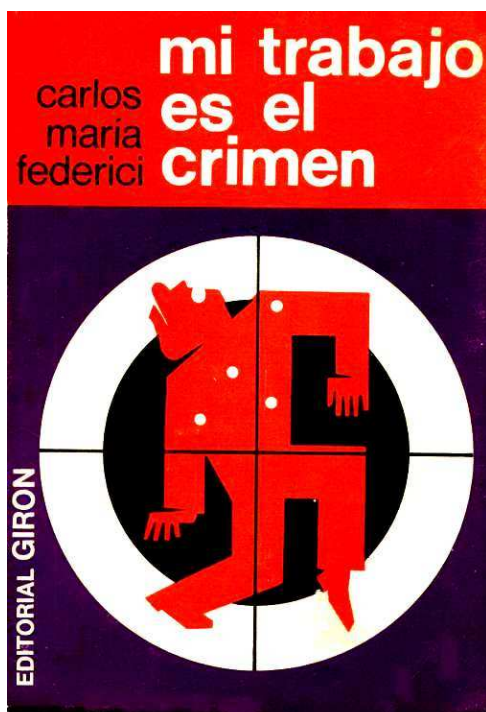
cmfederici@hotmail.com

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



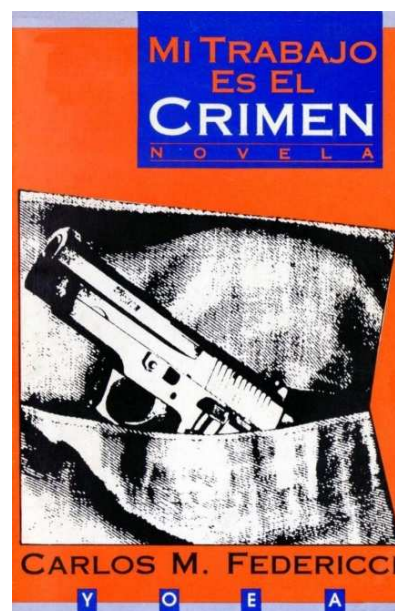
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

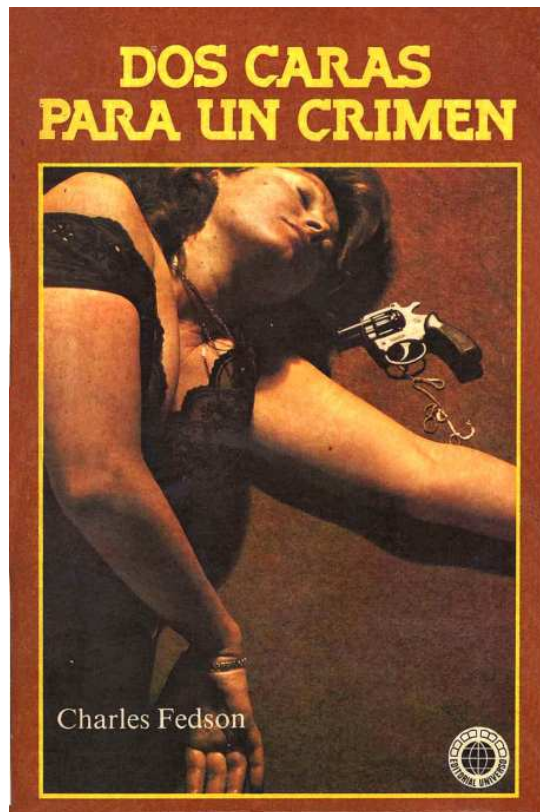


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La ovilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)
GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA
 YOE LA

G O D D E U \$
(Los Ejecutivos de Dios)
 Carlos A. Federici

Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989